

EL MILAGRO DE LA FURGONETA

Por fin la hora del descanso, la hora del sueño reparador, o, quizá, de la pesadilla sin límites. Maeva se mete en la ducha y se restriega el cuerpo con violencia. Le gustaría arrancarse la piel. Román la había engañado con sus promesas. Un trabajo de asistenta, le había dicho. La España del sol y los amplios litorales, el paraíso del sur de Europa.

¿Por qué había hombres tan ruines? ¿Acaso eran todos iguales? Sabía que este pensamiento era injusto. Su padre, sin ir más lejos. Su gris existencia mendigando unos euros a fuerza de frotar el arco sobre las cuerdas de su gastado violín, con el barniz cuarteado de tan viejo. El invierno rumano, tan frío y penetrante. La arbitrariedad de la policía. No, su padre no era malo. Era una buena persona que olvidaba su derrota bebiendo vino barato en las tabernas, tocando sólo para él, en la intimidad del retrete, la partitura solista del *Concierto para Violín y Orquesta en Re Mayor* de Tchaikovsky. Era una obra difícil, que repetía una y otra vez, obsesionado con su ejecución, desde que perdió el trabajo en la orquesta sinfónica de Bucarest, a causa de la crisis. Era el menos dotado. Eso le habían argumentado. Así que ni para ella la tocaba, su hija querida. Porque mamá había muerto de una cirrosis hepática. No había podido soportar aquella vejación de su marido, aquel cambio repentino en su estatus social. Dos años y medio había durado desde la expulsión de papá de la orquesta. Pobre mamá, tan frágil.

La hermana Libertad cierra la puerta trasera de la furgoneta. Ha colocado en un rincón, con el esmero y la delicadeza que le son propios, el cajón con los termos de café caliente y las cajas de preservativos. Luego se ha sentado en el asiento del copiloto. Ha mirado a la hermana Constancia y le ha sonreído.

-Arranca, hermana –dice-, y que sea lo que Dios quiera.

¡Qué fuerza irresistible, qué impulso arrollador! Dos almas impolutas transitadas por el arrebató místico que da la fe en el Evangelio, la palabra luminosa que es capaz de transformar el mundo.

La hermana Constancia mira a la hermana Libertad y siente tremolar su corazón. ¡Qué gran mujer! Cómo se alegra de haberla conocido. Cuando llegó a la Casa de Dios, aún arrastraba las dudas del mundo y sus cuidados, la incertidumbre de los días con su

lastre de maldad. Pero allí estaba ella, la hermana Libertad, con su nombre prometeico, con la llama salvífica de su empuje contagioso, levadura de justicia que traía de cabeza a las mafias del corredor mediterráneo con su revolución pequeña, con su inmensa piedad.

Allá van, Libertad y Constanca, Marta y María, camino del Gólgota de los cortijos del pecado, de las casas con las luces rosadas de la perdición. Libertad y Constanca, obleas santificadas en medio de los invernaderos, del mar de plástico de la sordidez.

Bajo la lluvia purificadora del agua caliente, Maeva se demora soñando un imposible. Ha caído en las redes de la depravación, en la tela de araña de la codicia, del dinero fácil a costa de la vejación del cuerpo y la contrición del alma, o, acaso, de la confusión del espíritu atormentado. Pero Faluya, su amiga nigeriana, le ha hablado de las monjas oblatas, de las adoratrices sin hábito, esas combatientes, pacíficas pero aguerridas, que viajan en una furgoneta blanca y luchan contra la esclavitud de las mujeres en pleno siglo XXI, esa lacra social que atenaza a las jóvenes que huyen de la pobreza y de un futuro sin horizontes. Jóvenes rumanas, búlgaras, rusas, nigerianas, marroquíes, en busca del espejismo de la costa española, el soñado Potosí moderno que le han prometido los vendedores de humo. Román, sin ir más lejos. “Ya verás, en España, de asistenta, ganarás un buen sueldo”.

Ella tenía doce años por entonces. Él veintisiete. A los catorce años se quedó embarazada. Nunca lo hiciera. Él se subía por las paredes. Tenía que abortar como fuera. La molió a palos, como a una bestia. Le metía la cabeza en la nevera y cerraba la puerta para convencerla de que abortara. En otra ocasión le rajó los muslos con una navaja y la obligó a mantener relaciones con él chorreando sangre. Tenía que dejar bien sentado quién era el que mandaba allí. Toda vejación era poca para conseguir sus propósitos...

El agua caliente de la ducha le acaricia el cuerpo como un bálsamo reparador. Su llanto callado se mezcla con el velo de agua que le baja por la cara. Recuerda sus comienzos en el cortijo rodeado de invernaderos, la nave con el techo de uralita y la silla en la puerta para alertar del negocio, la manta sobre el suelo de tierra, los bichos y los desperdicios desperdigados por doquier, las babas de los viejos, el aliento de los

borrachos, el abrazo torpe y precipitado de la lujuria barata, diez euros por sesión, sexo de saldo para los desesperados.

Ahora ha mejorado su situación. Aquí, en el club de carretera, puede ducharse, aunque la madame le cobra un plus si se entretiene demasiado. Nada de placeres gratuitos. El placer se paga. Ella mejor que nadie debería saberlo. En esos momentos se acuerda de su padre. ¿Seguirá encerrándose en el retrete para ensayar el *Concierto para violín* de Tchaikovsky, esa obra que le perseguirá mientras viva?

Su padre le ha pedido venir a vivir con ella. Bucarest se le ha vuelto una ciudad desconocida. Desde la muerte de su esposa se siente un extraño. Desearía estar en España junto a su hija querida, tocar el violín en las plazoletas del otoño, en las terrazas del estío.

¿Cómo confesarle al viejo Romescu, al vulnerable *Tatu*, que su hija no trabaja de asistenta en un hogar confortable, que los pocos euros que le envía todos los meses provienen de la desesperación del espíritu, del pecado de la carne? ¿Cómo explicarle ahora, a la vuelta de los siglos, que es abuelo, que tiene una nieta preciosa que nunca podrá ver porque ha sido dada en adopción, que su hija está presa de una banda que la tiene aterrorizada, que la han amenazado con hacerle daño a su familia, a él, el viejo *Tatu*, a su hija desaparecida, a ella misma, a la que muelen a palos cada vez que se rebela contra sus vilezas? A Faluya, su amiga nigeriana, le hacían vudú y le metían el miedo en el cuerpo. Le enseñaban fotos de sus padres en los arrabales de Lagos. Ellos lo sabían todo de las chicas, de Romescu, el músico caído en desgracia que tocaba el violín en el metro de Bucarest, de la niñita de ojos verdes que caminaba dando saltitos, asida de las manos de unos padres anónimos, por cualquier parque de cualquier ciudad española, protegida del frío del invierno con su trenca azul y sus botas de agua forradas de lana.

Maeva sale de la ducha purificada, aunque siente el dolor de la piedra que alguien ha lanzado al agua púrpura de su corazón, hace ya tantos siglos. Está tan cansada... Se ha metido en la cama, y, pronto, su mente abandona la vigilia, y, entonces, ve los raíles del metro, oscuros y grasientos, y un violín hecho astillas y oye voces y silbatos y ayes estremecedores. Ha vuelto la pesadilla...

De repente, Maeva siente un ruido de frenos sobre la grava del aparcamiento, un ruido que es de fuera del sueño. Y oye voces de desconcierto, unas voces dulces a pesar de la firmeza, que contrastan con la voz inconfundible de la madame y del guardia de seguridad. Las otras chicas han salido de sus habitaciones y Maeva las sigue hasta el

salón y allí puede ver a dos mujeres de pelo corto y mirada limpia que tratan de esgrimir sus razones en medio de la algarabía, dos mujeres que se han girado al ver llegar a las chicas y que les han sonreído, y Maeva ya sabe quiénes son sin conocerlas; ha sabido, con sólo mirarlas, que estaba vencida, pero no derrotada; que el milagro de la furgoneta ha llamado a su puerta; que ahora sólo es cuestión de valentía y de darle tiempo al tiempo; que pronto tendrá una nueva identidad; que, esta vez sí, llamará a su padre y lo rescatará de la humillación del retrete; que se reunirá con él en cualquier ciudad de España donde pueda interpretar a Tchaikovsky en los parques en sombra, en los soleados bulevares donde juegan, distraídas, niñas de ojos verdes y tez aceitunada.

Lema: “Hontanar”